

De la mas concertada alegre vida :
 Sombra de bien en males convertida ,
 Vuelo que nos levanta hasta la esfera ,
 Para que en la caída
 Quede vivo el pesar y el gusto muera :
 Invisible ladrón que nos destruye
 Y roba lo mejor de nuestra hacienda ,
 Llevándonos el alma á cada paso :
 Lijereza que alcanza al que mas huye ,
 Enigma que ninguno hay que la entienda ,
 Vida que de continuo está en traspaso ,
 Guerra elegida , y que nace acaso :
 Tregua que poco dura ,
 Amada desventura ,
 Preñez , que por jamás á sazón llega ,
 Enfermedad que al ánima se pega :
 Cobarde que se arroja al mal y atreve ,
 Deudor que siempre niega
 La deuda averiguada que nos debe :
 Cercado laberinto , do se anida
 Una fiera cruel que se sustenta
 De rendidos humanos corazones :
 Lazo donde se enlaza nuestra vida ,
 Señor que al mayordomo pide cuenta
 De las obras , palabras é intenciones :
 Codicia de mil varias pretensiones ,
 Gusano que fabrica
 Estancia pobre ó rica
 Bo poco espacio habita , y al fin muere :
 Querer que nunca sabe lo que quiere ,
 Nube que los sentidos oscurece ,
 Cuchillo que nos hiere ;
 Este es amor : seguidle , si os parece .

Con esta canción acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciéndoles que lo que Lenio había dicho, de mas caudal que de pastoril ingenio parecia, y con gran deseo y atención estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginación, que sin duda alguna á la de Lenio haría ventaja, por la que Tirsi le hacia en la edad y en la experiencia, y en los mas acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinión desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aun la dama que con Darinto y su compañero venía, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores; y esto fué cuando llegó á tratar de lágrimas y suspiros, y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entónces no se la había tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y así estaban atentas no mas de á escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efectos de amor que oían vieses alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor término la opinión del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono desta manera comenzó á decir.

TIRSI.

Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan léjos agora se halla, ántes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinión, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á ti

perlinaz y vanaglorioso: y así ayudado del amor, á quien llamo, pienso en pocas palabras dar á entender cuán otras són sus obras y efectos, de los que tú dél has publicado, hablando solo del amor que tú entiendes: el cual tú difiniste, diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimismo qué cosa era belleza, y poco después desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacia en los enamorados pechos, confirmando al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la difinición que del amor hiciste sea la mas general que se suele dar, todavía no lo es tanto que no se pueda contradecir, porque amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razón está clara en todas las cosas que se poseen, que entónces no se podrá decir que se desean, sino que se aman: como el que tiene salud, no dirá que desea la salud, sino que la ama; y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos; ni tampoco las cosas que se desean se puede decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea y no se ama. Y así que por esta razón el amor y deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es que amor es padre del deseo, y entre otras difiniciones que del amor se dan, esta es una. Amor es aquella primera mutación que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí y nos deleita y aplice; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo; y en resolución, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama: y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo es el bien: y como se hallan diversas especies de deseos, el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello; pero para mas clara difinición y división del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide, en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden haber en nuestra voluntad: porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de la tierra, alegres y percederas, como son las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destes amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada; porque el amor honesto siempre fué, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que solo en Dios pára y sosiega. El amor provechoso, por ser como es natural, no debe condenarse, ni ménos el deleitable, por ser mas natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo muestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo; luego conoció la miseria en que había caído, y la pobreza en que estaba: y así tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó y trabajó rompiendo la tierra para sustentarse y vivir con la ménos incomodidad que pudiese; y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en ello que en otra cosa) procuró tener hijos y perpetuar y deleitar en ellos la generacion humana; y así como por su inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus descendientes, así heredamos juntamente todos sus afectos

tos y pasiones, como heredamos su misma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza; también nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra; y de aquí nace el amor que tenemos á las cosas útiles á la vida humana; y tanto cuanto mas alcanzamos della, tanto mas nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros hijos, y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos á dicho fin conduce. Así que este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno ántes de alabanza que de vituperio. Y este es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes ni conoces, porque nunca le has visto solo y en su misma figura, sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados; y esto no es culpa del amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acontece en algun caudaloso rio, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan. Así que este primer movimiento, amor ó deseo, como llamarlo quisieres, no puede nacer sino de buen principio; y aun dellos es el conocimiento de la belleza, la cual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se deje; y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fué parte para que los antiguos filósofos (ciegos y sin lumbré de fe que los encaminase) llevados de la razón natural, y traídos de la belleza que en los estrellados cielos y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto concierto y hermosura, fuéron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas hasta llegar á la primera causa de las causas, y conocieron que había un solo principio sin principio de todas las cosas; pero lo que mas los admiró y levantó la consideración, fué ver la compostura del hombre tan ordenada, tan perfecta y tan hermosa, que le vinieron á llamar mundo abreviado: y así es verdad, que en todas las obras hechas por el mayordomo de Dios, naturaleza, ninguna es de tanto primor ni que mas descubra la grandeza y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte: y de aquí nace que esta belleza conocida se ama, y como toda ella mas se muestra y respaldanza en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue, que como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros mas queridas, servidas y solicitadas, como á cosa en quien consiste la belleza que naturalmente mas á nuestra vista contenta. Pero viendo el Hacedor y criador nuestro, que es propia naturaleza del ánimo nuestra estar continuo en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas percederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los

peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguían; la cual fué la razón que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos: y viendo asimismo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo ménos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varón y á la hembra los mas de los gustos y contentos amorosos naturales le son licitos y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasia que puede haber en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabaríamos. En este mismo amor de quien voy hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza; que el amante conforme la casta voluntad de la cosa amada la suya temple; es fortaleza, porque el enamorado cualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama; es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve, forzándole la misma razón á ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demando, ó Lenio, tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destrucción de ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes; digo que te demando que me digas, ¿cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida? Condénese la filosofía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos filósofos han sido malos; abrásense las obras de los heróicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprehenden y vituperan; vitupérese la medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conocida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan, ni se fabriquen casas, porque pueden caer sobre sus habitantes; prohibase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado de cruelísima furia, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdénese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra; condénense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida; y proceder della efectos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse dejan. Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano, la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tébas, y la docta Atenas, y la ciudad de Dios, Jerusalem, que fuéron vencidas y asoladas; digamos por eso, que el amor fué causa de su destrucción y ruina. Así que debrian los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo dellos mismos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza; pues siempre los medios fuéron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos; que si abrazamos la virtud mas de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco, y el justo de inicuo. Del antiguo Cremona trágico fué opinión, que como el vino mezclado con el agua es bueno, así el amor templado es

provechoso, lo que es al revés en el inmoderado: la generacion de los animales racionales y brutos sería ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra, quedaria desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservacion y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y extraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace, teniéndolos siempre en continuas lágrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamas una hora de reposo; veamos por ventura, qué cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo; y tanto cuanto es de valor la cosa, tanto mas se ha de padecer y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se compadece el seguirlos, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo, sino con ello mismo, se padezca, se lllore, se tema y se espere? El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á mas, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo cual es contrario en el amor, porque el amor no tiene otra paga ni otra satisfacion sino el mismo amor, y él propio es su propia y verdadera paga: y por esta razon es imposible que el amante esté contento hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben, y así estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de bur-las que ellos de veras toman, como indicios que les van asegurando la paga que desean, y así todas las veces que ven señales en contrario destas, esle fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede; y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad ajena á que sea una propia con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan indisoluble nudo y estrechez, que de las dos sean unos los pensamientos, y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca mas que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razon y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados; porque si todas sus lágrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habria de considerar primero adonde levantaron la fantasia; y si la subieron mas arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que cual nuevos leanos caigan abrasados en el rio de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa amor, sino su locura. Con todo eso yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el

reposo, y la salud al enfermo. Junto con esto confieso que si los amantes señalasen, como en el uso antiguo, con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias, sin duda alguna que serian mas los infelices; mas tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haria ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba desta verdad, vemos que los enamorados jamas de serlo se arrepienten; ántes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa, como á enemigo le desecharian, porque aun el sufrirla les es suave: y por esto, ó amadores, no os impida ningun temor para dejar de ofrecerlos y dedicaros á amar lo que mas os pareciere dificultoso, ni os quejéis ni arrepintais á la grandeza vuestra las cosas bajas habeis levantado, que amor iguala lo pequeño á lo sublime, y lo ménos á lo mas: y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes, cuando con puro afeto la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros, porque la gloria sea tanta que quite el sentimiento de todo dolor; y como á los antiguos capitanes y emperadores en premio de sus trabajos y fatigas les eran, segun la grandeza de sus victorias, aparejados triunfos, así á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos: y como á aquellos los glorioso recibimiento les hacia olvidar todos los incómodos y disgustos pasados, así al amante, de la amada amado, los espantosos sueños, el dormir no seguro, las veladas noches, los inquietos dias en suma tranquilidad y alegría se convierten. De manera, Lenio, que si por sus efectos tristes les condenas, por los gustosos y alegres les debes absolver. Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido, estoy por decir que vas tan engañado en ella como casi en las demas cosas que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño, ciego, desnudo, con las alas y saetas, no quiere significar otra cosa, sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada, sino pura y sencilla; ha de ser ciego á todo cualquier otro objeto que se le ofreciere, si no es aquel á quien ya supo mirar y entregarse; ha de ser desnudo, porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama; ha de tener alas de ligereza, para estar pronto á todo lo que por su parte se le quiere mandar; píntale con saetas, porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta, y que apenas se descubra sino á la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas, las cuales obran en diferentes maneras, es darnos á entender que en el perfecto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mesmo punto, sino que el amante ha de amar enteramente, sin mezela de alguna tibieza. En fin, Lenio, este amor es el que si consumió á los troyanos, engrandeció á los griegos: si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el reino á Tarquino, redujo á libertad la república; y aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que truje de los efectos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios: solo quiero rogarte te dispongas á creer lo que he mostrado, y que tengas paciencia para oír una cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo; y si por ella y por lo que te he dicho no quisieres reducirte á ser de la parte de amor, y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado, si el tiempo de agora lo concede, ó en otro cualquiera

que tú escogieres y señalares, te prometo satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los míos decir quisieres; y por agora estáme atento y escuchá.

Salga del limpio enamorado pecho:
La voz sonora, y en suave acento
Cante de amor las altas maravillas,
De modo que contento y satisfecho
Quede el mas libre y suelto pensamiento,
Sin que las sienta con no mas de oillas.
Tú, dulce amor, que puedes referillas
Por mi lengua, si quieres,
Tal gracia le concede,
Que con la palma quede
De gusto y gloria por decir quién eres;
Que si me ayudas, como yo confío,
Verás en presto vuelo
Subir al cielo tu valor y el mio.
Es el amor principio del bien nuestro,
Medio por do se alcanza y se granjea
El mas dichoso fin que se pretende:
De todas ciencias sin igual maestro.
Fuego, que aunque de hielo un pecho sea,
En claras llamas de virtud le enciende:
Poder que al llaco ayuda, al fuerte ofende
Raíz de adonde nace
La venturosa planta
Que al cielo nos levanta
Con tal fruto, que al alma satisface,
De bondad; de valor, de honesto celo,
De gusto sin segundo,
Que alegra al mundo y enamora al cielo:
Cortesano, galán, sabio, discreto,
Gallardo, liberal, manso, esforzado,
De aguda vista, aunque de ciegos ojos:
Guardador verdadero del respeto,
Capitan que en la guerra do ha triunfado
Sola la honra quiere por despojos:
Flor que crece entre espinas y entre abrojos
Que á vida y alma adorna:
Del temor enemigo,
De la esperanza amigo:
Huésped que mas alegra cuando torna,
Instrumento de honrosos ricos bienes,
Por quien se mira y medra
La honrosa yedra en las honradas sienas:
Instinto natural, que nos conmueve
A levantar los pensamientos, tanto
Que apenas llega allí la vista humana:
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del cielo santo:
Sierra, en su cumbre deleitosa y llana
Facilidad que lo intrincado allana:
Norte por quien se guía
En este mar insano
El pensamiento sano:
Alivio de la triste fantasia,
Padrino que no quiere nuestra afrenta:
Farol que no se encubre,
Mas nos descubre el puerto en la tormenta:
Pintor, que en nuestras ánimas retrata
Con apacibles sombras y colores
Ora mortal, ora inmortal belleza:
Sol que todo nublado desbarata,
Gusto á quien son sabrosos los dolores,
Espejo en quien se ve naturaleza:
Liberal, que en su punto la franqueza
Pone con justo medio:
Espíritu de fuego
Que alumbrá al que es mas ciego:
Del odio y del temor solo remedio:
Argos que nunca puede estar dormido,
Por mas que á sus orejas
Lleguen consejas de algun dios fingido:
Ejército de armada infanteria
Que atropella cien mil dificultades,
Y siempre queda con victoria y palma
Morada adonde asiste el alegría,
Rostro que nunca encubre las verdades,
Mostrando claro lo que está en el alma:
Por donde la tormenta es dulce calma,
Con solo que se espere
Teneria en tiempo alguno:
Refrigerio oportuno
Que cura el desdenado cuando muere;
En fin, amor es vida, es gloria, es gusto,
Almo, feliz sosiego:
Seguidle luego, que el seguirle es justo.

El fin del razonamiento y cancion de Tirsi fué principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de

discreto tenia, si no fué en el desamorado Lenio, á quien no pareció tan bien su respuesta, que le satisficiese al entendimiento y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro, porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsi, si las alabanzas que á los dos daban Darinto y su compañero, y todos los pastores y pastoras presentes, no lo estorbarán, porque tomando la mano el amigo de Darinto, dijo: En este punto acabo de conocer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se extiende, y que donde mas se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oido al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos mas parecen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaria yo tanto desto, si fuese de aquella opinion del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabian, presuponiendo que todas se crian enseñadas: mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenia ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas universidades: si ya no quiero persuadirme á lo que primero dije, que el amor por todo se extiende, y á todos se comunica; al caído levanta, al simple avisa y al avisado perfecciona. Si conocieras, señor, respondió á esta sazón Elicio, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales cortes y conocidas escuelas, no te maravillarás de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado por decir: y aunque el desamorado Lenio, por su humildad ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso te aseguro que los mas floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tórmes en loables estudios y discretas conversaciones. Así que, si la plática que los dos han tenido, de mas que de pastores te parece, contéplalos como fuéron, y no como ahora son: cuanto mas, que hallarás pastores en estas nuestras riberas, que no te causarán ménos admiracion si los ves, que los que ahora has oido; porque en ellas apacientan sus ganados los famosos y conocidos Franio, Siralvo, Filardo, Silvano, Lisardo y los dos Matuntos, padre y hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo extremo extremados; y para remate de todo, vuelve los ojos y conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el extremo de discrecion y sabiduría. Responder queria el caballero á Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venian dijo á la otra: Paréceme, señora Nisida, que pues el sol va ya declinando, que sería bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre. No hubo bien dicho esto la dama, cuando Darinto y su compañero la miraron, mostrando que les habia pesado de que hubiese llamado por su nombre á la otra. Pero así como Elicio oyó el nombre de Nisida, le dió en el alma si era aquella Nisida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas habia contado, y el mismo pensamiento les vino á Tirsi, Damon y á Erastro. Y por certificarse Elicio de lo

que sospechaba, dijo: Pocos dias ha, señor Darinto, que yo y algunos de los que aquí estamos oímos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho, pero de mas lágrimas acompañado y con mas sobresaltos referido. ¿Por ventura, respondió Darinto, hay alguna pastora en estas vuestras riberas, que se llame Nísida? No, respondió Elicio; pero esta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebetó fué criada. ¿Qué es lo que dices, pastor? replicó el otro caballero. Lo que oyes, respondió Elicio, y lo que mas oírás, si me aseguras una sospecha que tengo. Dímelas, dijo el caballero, que podria ser te satisficiese. A esto replicó Elicio: A dicha, señor, ¿tu propio nombre es Timbrio? No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazón mas oportuna; mas la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que así me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres. Segun eso, tampoco me negarás, respondió Elicio, que esta dama que contigo traes se llama Nísida, y aun por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana. En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido á preguntármelo. Ella es tan buena y será tan de tu gusto, replicó Elicio, cual lo verás ántes de muchas horas. Todos los que no sabían lo que el ermitaño Silerio á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro habia contado, estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas á este punto dijo Damon volviéndose á Elicio: No entretengas, ó Elicio, las buenas nuevas que puedes dar á Timbrio; y aun yo, dijo Erastro, no me detendré un punto de ir á dársela al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio: ¿Santos cielos, y qué es lo que oigo! dijo Timbrio, y ¿qué es lo que dices, pastor? ¿Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver mas que á otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sácame desta duda luego, así crezcan y multipliquen tus rebaños de manera que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos. No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon, que el Silerio que Erastro dice es el mismo que tú dices, y el que desea saber mas de tu vida que sostener y aumentar la suya propia; porque despues que te partiste de Nápoles, segun él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras pérdidas que él nos contó, le ha reducido á términos, que en una pequeña ermita que poco menos de una legua está de aquí distante, pasa la mas estrecha vida que imaginarse puede, con determinación de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podia ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mismo nos ha contado la amistad que contigo tenia, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan extraños accidentes os apartó para apartarle á él á vivir en tan extraña soledad que te causará admiración cuando le veas. Véale yo, y llegue luego el último remate de mis dias, dijo Timbrio; y así os ruego, famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio con decirme adonde está esa ermita adonde Silerio vive. Adonde muere podrás mejor decir, dijo Erastro; pero de aquí

adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que ántes que el sol se ponga te pondré con Silerio: mas ha de ser con condicion que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Nápoles te partiste, que de todo lo demas hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes. Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres y mas; y volviéndose á las damas que con él venían, les dijo: Pues con tan buena ocasion, querida y señora Nísida, se ha rompido el presupuesto que traíamos de no decir nuestros propios nombres; con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos. Excusado es, señor Timbrio, respondió Nísida, que vos me rogéis que haga cosa que tanto deseo y que tan bien me está el hacerla: vamos enhorabuena, que ya cada momento que tarda de verle se me hará un siglo. Lo mismo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la mesma que Silerio habia dicho, y la que mas muestra dió de contento. Solo Darinto con las nuevas de Silerio se puso tal, que los labios no movia, ántes con un extraño silencio se levantó y mandó á un su criado que le trujese el caballo en que allí habia venido: sin despedirse de ninguno subió en él, y volviendo las riendas, á paso tirado se desvió de todos. Cuando esto vió Timbrio, subió en otro caballo, y con mucha priesa siguió á Darinto hasta que le alcanzó, y trabando por las riendas del caballo, le hizo estar quedo, y allí estuvo con él hablando un buen rato, al cabo del cual Timbrio se volvió donde los pastores estaban, y Darinto siguió su camino, enviando á disculpase con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos. En este tiempo Galatea, Rosaura, Teolinda, Leonarda y Florisa á las hermosas Nísida y Blanca se llegaron; y la discreta Nísida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio habia, con mucha parte de los sucesos por ellos pasados; pero con la vuelta de Timbrio todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio; sinó que á la mesma sazón llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años, con su zurrón al hombro y cayado en la mano, la cual como vió tan agradable compañía, con lágrimas en los ojos les dijo: Si por ventura hay entre vosotros, señores, quien de los extraños efectos y casos de amor tenga alguna noticia, y las lágrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho, acuda quien esto siente á ver si es posible remediar y detener las mas amorosas lágrimas y profundos suspiros que jamas de ojos y pechos enamorados salieron: acudid pues, pastores, á lo que os digo, veréis cómo con la experiencia de lo que os nuestro hago verdaderas mis palabras; y en diciendo esto volvió las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron. Viendo pues la pastora que la seguan, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, cuando volviéndose á los que tras ella iban, les dijo: Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas, porque aquel pastor que allí parece es un hermano mio, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su

crueldad. Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pié de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfá, con una rica aljaba que del lado le pendia, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos cogidos con una verde guirnalda; el pastor estaba ante ella de rodillas con un cordel echado á la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenia asida á la pastora de un blanco cendal que encima de los vestidos traia. Mostraba la pastora ceño en su rostro, y estar desgustada de que el pastor allí por fuerza la detuviere; mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, le estaba rogando que si quiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecia; pero la pastora desdeñosa y airada se apartó dél, á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca tanto, que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera á la pastora hablaba. ¡Oh ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes! Vuelve, endurecida, los ojos á mirar al que por mirarte está en el extremo de dolor que imaginarse puede. ¿Por qué hues de quien te sigue? Por qué no admities á quien te sirve, y por qué aborreces al que te adora? ¡Oh sin razon enemiga mia, dura cual levantadorisco, airada cual ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquiva como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba! ¿Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis suspiros no te apiaden y que mis servicios no te muevan? Si que será posible, pues así lo quiere mi corta y desdichada suerte; y aun será tambien posible que si no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon que te adora: vuelve, pastora, vuelve y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añadir este cordel á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho. Estas y otras semejantes razones decia el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas, que movian á compasion á todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aun volver los ojos á mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba: de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron; y fué de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora: y así él con el anciano Arsindo se adelantaron á rogarle tuviese por bien de volver á escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fué posible mudarla de su propósito, ántes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que á ello la movian, y una dellas era haberse desde su niñez dedicado á seguir el ejercicio de la casta Diana: añadiendo á estas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual como vió que la pastora era tan enemiga del amor, como parecia, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de sa-

ber quién era, y de seguir su compañía por algunos dias, y así le declaró como él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenian, rogándole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no sería mas de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intencion de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era. Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos, y les dijese la causa que le habia movido á irse con aquella pastora: y sin esperar mas, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora habia pasado, halló que todos aquellos pastores habian llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea, y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimismo el rostro cubierto tenia. La que con Galatea estaba era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales así como vieron al desesperado pastor, que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el corazon, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro: y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura desmayadas cayeron. Pero de allí á poco rato, volviendo en si Leonarda, á Rosaura dijo: ¡Ay, señora mia, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tiene tomados la fortuna, pues la voluntad de Galercio está tan ajena de ser mia, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho á la desamorada Gelasia! porque te hago saber, señora, que aquel es el que ha robado mi libertad, y aun el que ha de dar fin á mis dias. Maravillada quedó Rosaura de lo que Leonarda decia: y mas lo fué cuando habiendo tambien vuelto en si Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todos con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro; pero aun no le hubo bien nombrado, cuando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio su hermano. ¡Ay, traidora Leonarda! respondió Teolinda, y ¿no te basta haberme una vez apartado de mi bien, sino agora que le hallo quieres decir que es tuyo? pues desengañate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga. Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en ese mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio; que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una á la otra: y aun si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen. No lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza: y así te hago saber que en tanto que la experiencia no me haga mas cierta de la verdad, que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida se puede esperar ó

temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegáos, pastoras, dijo entonces Rosaura, que yo os sacaré presto desahogada en que estáis; y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la extraña condicion de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba. A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla que decia ser su hermano, á la cual llamó Rosaura, y apartándose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto, que apenas se diferenciaban, si no es por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz, que en algo diferia. Preguntóle tambien qué se habia hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca habia querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno; despues que de las riberas del Henáres habia venido; y con estas le dijo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda habia dicho y aquella pastora decia, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabia, con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las pláticas que las pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano. ¿En qué manera? dijo Rosaura. Yo os lo diré, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartándose con ella la pastora, le dijo: Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Así debe ser, respondió Rosaura, y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fué avisarles como de allí á dos dias vendria con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura habia mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le habia enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro habia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejava, no podia apartarlos de mirar; y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazón ya los pastores habian consolado á Galercio, aunque para el mal que padecia cualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y excusados, todo

lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hácia ellas se venian, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo como Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado habia, y así con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio le diria adónde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocarse viendo la obligacion en que le estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que ántes Galatea á Teolinda habia pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornósele á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio, que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nisida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedidos del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendria: con este prosupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse ménos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron: y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la aldea ántes que las sombras de la noche. Viéndose pues Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por alijer el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

El. El que quisiere ver la hermosa
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol, donde se apura
La blanca castidad y el limpio celo,
Todo lo que es valor, sér y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesia,
Venga á mirar á la pastora mia.

Er. Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al dia,
Mas claro, que el que sale del oriente:
Podrá decir cómo su fuego enfria,
Y abraza al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay mas que ver despues de vellos.

El. Y que no hay mas que ver despues de vellos,
Sábenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasión principal de mis enojos:
Vilos, y ví que se abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaban los despojos
De todas sus potencias á su llama,

Que me abrasa y me hiela, arroja y llama.

Er. Que me abrasa y me hiela, arroja y llama,
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo itustre sér puede la fama
Hacer extraña y verdadera historia:
Solo sus ojos, do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza mas notoria,
Darán materia que levante al cielo
La pluma del mas bajo humilde vuelo.

El. La pluma del mas bajo humilde vuelo,
Si quiere levantarse hasta la esfera,
Cante la cortesia y justo celo
Desta fénix sin par, sola y primera:
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
Valor del claro Tajo y su ribera,
Cordura sin igual, rara belleza
Donde mas se extremó naturaleza.

Er. Donde mas se extremó naturaleza,
Donde ha igualado el pensamiento al arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos sujetos se reparte:
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,
Y adonde tiene amor su albergue y nido,
La bella ingrata mi enemiga ha sido.

El. La bella ingrata mi enemiga ha sido
Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
Tenerme de un sutil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento:
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que extendiendo el pié y el cuello á las cadenas,
Llamando dulces tan amargas penas.

Er. Llamando dulces tan amargas penas
Paso la corta fatigada vida,
Del alma triste sustentada apenas,
Y aun apenas del cuerpo sostenida:
Ofrecióse fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida;
¿Qué gusto pues, qué gloria ó bien se ofrece
Do mengua la esperanza y la fe crece?

El. Do mengua la esperanza y la fe crece,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,

Que solo conlido en amor puro,
Vive cierto y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

Er. El misero doliente, á quien sujeta
La enfermedad y apricta, se contenta
Cuando mas le atormenta el dolor fiero,
Con cualquiera lijero breve alivio:
Mas cuando ya mas tibio el daño toca,
A la salud invoca y busca entera;
Así desta manera el tierno pecho
Del amador, deshecho en llanto triste
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos,
A quien dió los despojos de su vida,
Le mire con fingida ó cierta muestra;
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,
Y mas cosas demanda que primero.

El. Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y á reposo nos convida
La noche denegrida que se acerca.

Er. Y el aldea está cerca, y yo cansado.

El. Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban; que mas el camino se alargara, por gustar mas del agradable canto de los enamorados pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demas pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche; y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

LIBRO QUINTO.

ERA tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nisida y Blanca llevaban de llegar á la ermita de Silerio, que la lijereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto, no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumplierse la palabra que habia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavía, llevados del deseo que tenian de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes árboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fué de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decia, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad habia hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto.

LAUSO.

¿Quién mi libre pensamiento
Me le vino á sujetar?
Quién pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
Quién rindió mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?
De mi vida satisfecho?
Quién abrió y rompió mi pecho,
Y robó mi voluntad?

¿Donde está la fantasia
De mi esquivada condicion?
Dó el alma que ya fué mia,
Y dónde mi corazon
Que no está donde solia?
Mas yo todo ¿dónde estoy?
Dónde vengo? ¿adónde voy?
¿A dicha sé yo de mí?
¿Soy por ventura el que fui,
O nunca he sido el que soy?

T. 1.

Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido
Que aquello que en mí se halla
Es sombra de lo que he sido:
No me entiendo de entenderme
Ni me valgo por valerme;
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion
Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado
Y el amor que lo consiente
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado:
Véome en este morir,
Y en el pasado vivir,
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte
Que ya no puede venir.

En tan extraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que amor porfia,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria:
Que sino es la de mis ojos
Que el fuego aumenta y despojos
En esta amorosa fragua,
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.

Todo mi bien comenzara,
Todo mi mal feneciera,
Si mi ventura ordenara
Que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara:
Suspiros, aseguralda,
Ojos míos, enteralda
Llorando en esta verdad:
Pluma, lengua, voluntad,
En tal razon confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porque rogando á los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y así todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro, como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí á la ermita habia, razonando en diversos acasimientos que á los dos habian sucedido despues que dejaron de verse, que fué desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano habia dejado los cisalpinos pastos, por ir á reducir